

José Ingenieros en la picota

Dr Federico Pégola

Director del Departamento de Humanidades Médicas y del Instituto de Historia de la Medicina de la Facultad homónima (UBA).

Los sociólogos denominan “observador participante” a quien es contemporáneo de los hechos que suceden, que puede actuar como testigo o como folletínista (digámoslo con un término menor al de historiador). La historiografía sabe que ese observador puede estar contaminado por el interés o el vínculo, la emoción o el sentimiento. Esa es la causa por la cual toda historia requiere de un período de decantación, de una vista a la distancia. Por otra parte, la evolución de las ideas y la forma en que la sociedad transita las etapas son cambiantes. Qué podríamos decir de las opiniones disímiles de José María Ramos Mejía o Adolfo Saldías sobre la figura de Don Juan Manuel de Rosas o las diatribas o merecimientos que recibió Domingo Faustino Sarmiento.¹

Todo este introito viene a cuento sobre expresiones de una lectora de un semanario sobre literatura y artes diversas (Ñ, 18 de febrero de 2012) que verdaderamente suenan terribles y no tienen justificación alguna para quien las pronunció. ¿Y por qué no transcribirlas? Quien las decía era José Ingenieros, en 1905, a raíz de un libro de viajes:

“Los negros importados a las colonias eran, con toda probabilidad, semejantes a los que pueblan San Vicente, una oprobiosa escoria de la especie humana. Juzgando severamente, es fuerza confesar que la esclavitud –como función protectora y como organización del trabajo– debería mantenerse, en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces. [...] Los hombres de razas inferiores no deberían ser, política y jurídicamente, nuestros iguales [...]”.

No pudimos con el genio y recortamos parte de este penoso escrito. Llama la atención estas afirmaciones de Ingenieros suscribiéndonos a la definición del imaginario popular que dice que “intelectual es aquel que piensa que los demás son iguales a él”.

Ingenieros tenía, en ese momento, 28 años de edad y es probable (ojalá así haya sido) que su pensamiento haya variado. Otro de los justificativos –si los hubiera para tal dislate– es el pensamiento de esa época, francamente discriminatorio para las etnias foráneas, hecho aparentemente ancestral en el hombre sobre el que debemos luchar como médicos y semejantes. Un ejemplo palmario de lo que decimos es el libro de Otto Weininger, publicado en 1903,

titulado *Sexo y carácter*, obra de un joven de 23 años de familia de origen judío, convertido al cristianismo, que discrimina no solamente a sus orígenes, sino también a la mujer (repite un dicho popular: “cuanto más largos son los cabellos menor es la inteligencia”; la mujer es mitad madre y mitad p...).² Lo curioso: a pocos días de publicada la edición se había agotado. En la primera década tuvo 25 reimpressiones sin contar las que se realizaron en diversos idiomas. Así pensaban muchos más de los que nosotros creemos a principios del siglo XX. Ramos Mejía, por ejemplo, profesor de Ingenieros en sus primeros años, con gran influencia sobre él, tenía ideas parecidas con respecto a otros inmigrantes y las manifestaba desde su carácter de presidente del Departamento de Higiene.

En un intento de calmar las aguas veamos –aunque ya se han escrito cientos de referencias– quién era José Ingenieros.

Cuando Ingenieros en su obra *La evolución de las ideas argentinas* escribe, entre tantas otras reflexiones, sobre el origen de nuestra Universidad, sostiene que: “Las eras palingenésicas acompañanse de nuevas orientaciones filosóficas; los institutos de cultura superior nunca han podido sustraerse a las variaciones del pensamiento social y ha sido inútil la empecinada resistencia de los tradicionalistas que han defendido el pasado agonizante contra el inevitable porvenir”,³ estaba dando la pauta de que con solamente ese polémico escrito hubiera tenido un lugar destacado entre los pensadores médicos argentinos y hagamos caso omiso de su prosa rimbombante. En efecto, Cutolo que aclara que su verdadero nombre era *Giuseppe Ingegnieros* –aunque sospechamos que el apellido italiano debería ser Ingegnieri– hace un análisis de su obra historiográfica en los siguientes términos:

“En el segundo tomo *La Restauración*, continuó con el gobierno de Rosas hasta los movimientos reaccionarios europeos de la primera mitad del siglo XIX. Quedó en esbozo la tercera parte proyectada: *La Organización*, que trataría el proceso político posterior a la batalla de Caseros. En esta obra, Ingenieros no trabajó sobre fuentes bibliográficas de primera mano, de allí los dislates frecuentes que comete. Precedió la obra con una sinopsis sobre la mentalidad colonial, en una época en que por todas partes se desbordaban las turbias olas del antiespañolismo. Tampoco recurrió a documentos, ni efectuó investigaciones originales, limitándose quizá a desarrollar

Correspondencia: Dr Federico Pégola

E-mail: fmpegola@fibertel.com.ar

las apretadas tesis expuestas por el talentoso Alejandro Korn en sus *Influencias...* Ingenieros era brillante e ingenioso, pero su ignorancia histórica era casi total. Como hombre despejado y mañoso, gran maestro de la simulación, llegó a persuadir a no pocos que era historia y no fantasías, realidades del pasado y no invento del presente, lo que propinaba a sus lectores. Afectaba imparcialidad, pregonaba moderación, aducía citas, pero todo eso no pasaba de audacia y pirronismo histórico".⁴

La obra hubiera entrado en la polémica, aunque no debemos olvidar el particular enfoque –izquierdista– que Ingenieros hacía de la política nacional. Y con respecto al apellido se cree que fue llevado a Sicilia (Italia) por un capitán español, por lo cual, convertido en Ingenieros, había regresado a las fuentes.

Pero su obra fue fecunda. En orden cronológico (los que no se editaron por primera vez en Buenos Aires llevan –entre paréntesis– la ciudad donde se lo hizo):

- La psicopatología en el arte* (1902)
- La simulación en la lucha por la vida* (1903)
- Simulación de la locura* (1903)
- Histeria y sugestión* (1904)
- Patología del lenguaje musical* (París, 1906)
- Crónicas de viaje* (1906)
- La locura en la Argentina* (1907)
- Principios de psicología* (1911)
- El hombre mediocre* (Madrid, 1913)
- Hacia una moral sin dogmas* (1917)
- Ciencia y filosofía* (Madrid, 1917)
- Sociología Argentina* (1918)
- Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (1918)
- Evolución de las ideas argentinas* (1918)
- Las doctrinas de Ameghino* (1919)
- Los tiempos nuevos* (1921)
- Emilio Boutroux y la filosofía francesa* (1922)
- La cultura filosófica en España* (1922)
- Las fuerzas morales* (obra póstuma)
- Tratado del amor* (obra póstuma)

José Ingenieros nació en Palermo (Italia), el 24 de abril de 1877. Su padre se llamaba Salvatore y su madre Ana Tagliavia. Díaz Araujo dedica todo un capítulo de su obra citando a diversos autores que lo hacen argentino y menciona que, incluso, cuando se habla de él se mencionan sus "padres inmigrantes".⁵ Sin embargo, como también lo sostiene este autor, su nacimiento peninsular no se discute. Su jocundidad como publicista –como ocurrió con Korn– es ancestral: su padre era impresor y miembro de la Primera Internacional en su patria; aquí colaboró en los primeros periódicos socialistas y fundó y dirigió la Revista masónica.

¿Qué herencia de su pasado italiano le tocaba a José? Creemos que ninguna. Ingenieros se sentía argentino. Tal era su arraigo que en muchas de las biografías que consultamos, error que se repite, se le da nuestra nacionalidad. Lo reafirma el hecho de que fue uno de los creadores y sostenedores –junto con Severo Vaccaro– de la empresa editora de *La cultura*



argentina, que publicó libros de Agustín Álvarez, Ramos Mejía, Cané, Wilde, Ameghino, entre muchos otros, haciendo un extraordinario favor a la ciencia y a las letras de nuestro país.⁶

Desde muy joven, bajo la influencia paterna, actuó en organizaciones políticas de izquierda donde inició su entrenamiento literario de tipo folletinesco que, en ciertos momentos y en su vida adulta, no lo abandonó.

En 1888, ingresó en el Colegio Nacional de la calle Bolívar, único de la zona por aquella época, y allí fue director del periódico estudiantil *La Reforma*, de vida efímera. Al finalizar su bachillerato, en 1892, encabezó una huelga estudiantil. Al año siguiente ingresó en las Facultades de Derecho y de Ciencias Médicas, pero siguió solo la última de estas carreras, graduándose en 1900 con la tesis *Simulación de la locura*.

Uno de sus profesores, Francisco Barroetaveña, encendía un combustible presente ya en el hijo del político emigrado. Así pronto se lo vio pronunciando discursos en las parroquias y como secretario del comité de San Miguel. Al dividirse la Unión Cívica comenzó a frecuentar los centros socialistas y fue en el Pabellón de Practicantes del Hospital de Clínicas (1894-1895) donde se realizaron las primeras reuniones del Centro Socialista Universitario. Tenía solamente 18 años, lo acompañaban Bunge, Giménez, Dickmann; era redactor y administrador de *La Vanguardia* y secretario general del partido. En esos años empezó a leer en la *Revue Blanche* las primeras traducciones de Nietzsche al francés y ahí quedó marcado a fuego para toda la vida. Dos profesores nuestros, José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga, observando con los ojos de maestro las inclinaciones de Ingenieros, lo volcaron hacia la neurología y la psiquiatría que, en el fondo, iban a tener más afinidad que el resto de la medicina con sus devaneos filosóficos. Dúctil a las expresiones del espíritu, sería después Pietro Gori, criminólogo y anarquista, al

visitar nuestro país, quien lo haría apasionar por la antropología criminal. Al finalizar el siglo pasado dirigió, junto con Leopoldo Lugones, una publicación de tirada quincenal: *La Montaña*, donde aparecían artículos científico-literarios de avanzada concepción para la época, con influencia, sin duda, de las ideas europeas. Esa experiencia la repetiría más adelante con *La cultura argentina*, que hemos mencionado, y la *Revista y Filosofía*. Aníbal Ponce refiere de esta forma la repercusión de la publicación *La Montaña*, que dirigió junto con Leopoldo Lugones y vio la luz el 1º de abril de 1897:

“Durante seis meses, el sonoro repique de aquellos muchachos alborotó la ciudad. Por vez primera en nuestra historia, se proclamaban desde las páginas de un periódico, con tono tan decisivo, los ideales del socialismo revolucionario. Pasados los primeros momentos de estupor, la reacción se definió rotunda y *La Montaña* alcanzó muy pronto el mayor de sus éxitos: los honores de la persecución judicial.

“El grupo revolucionario –y lo era, doblemente en la literatura y en la sociedad– reapareció fugazmente en *Atlántida*, que fundara José Pardo, un joven escritor cuyo nombre había figurado, entre los colaboradores de *La Montaña*, al pie de un soneto titulado *El burgués*, que llegó a ser famoso por lo malo.

“Y como aquella tribuna no les pareciera suficientemente alta, *L’Humanité Nouvelle* comenzó a publicar trabajos de Ingenieros junto a las firmas consagradas de Reclus y Kropotkin”.⁷

Sus estudios sobre sociología y psiquiatría se editaron en numerosas revistas europeas: *Revue Blanche*, *Archives de L’Anthropologie Criminelle*, *L’Humanité Nouvelle*, *Revue de Psychologie*, *Rivista di Sociologia*, *Archivio di Psichiatria* y otras. Inauguró su carrera de psiquiatría (ya a los 23 años estaba consagrado como psiquiatra, sociólogo y criminalista) con su excepcional obra *La simulación de la locura*. Cuenta Ponce que, por sus escasos recursos económicos, trataba de eximirse de pagar un arancel para la presentación de esta tesis. Desalentado porque el expediente no se movía, prometió al portero de la Facultad dedicarle el trabajo si apuraba el trámite. La tesis salió con este epígrafe: “Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad”. Ingenieros había cumplido su promesa. *La Semana Médica*, de la cual era secretario, editó la obra en 1903 y simultáneamente apareció en Turín en italiano.

Una vez graduado abandonó la militancia política activa para dedicarse a la psiquiatría. En 1900 se inició como Jefe de Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Facultad de Ciencias Médicas, dos años después será director del Servicio de Observación de Alienados de la Policía y asimismo docente libre de Neuropatología (Facultad de Ciencias Médicas) y, en 1904, profesor Titular de Psicología Experimental en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1907 fundó el Instituto de Criminología y pocos años después se lo eligió presidente de la Sociedad Médica Argentina

y de la Sociedad de Psicología.

En 1905 viajó a Roma como representante argentino al V Congreso Internacional de Psicología. En ese congreso alternó con James, Mantegazza, Binet, Ferri, Ottolenghi, Sergi, entre otros. En su idioma nativo homenajeó a un anciano, Cesare Lombroso, que presidió un capítulo. Clementi analiza la serie de impresiones que Ingenieros remitió a *La Nación* y resalta la inteligencia del joven médico al señalar “el conflicto epistemológico que suscita la biología como núcleo de verdad científica, y sus derivaciones en la psicología, la psiquiatría, la criminología, la sociología, y por derivación, hacia toda la ciencia y la filosofía, la teología y la religión”.⁸ Ingenieros avizoró todas las divergencias –ya presentes– que eclosionarían más adelante. Entre 1911 y 1914 se instaló en Europa y en Lausana y en Heidelberg estudió ciencias naturales y se encaminó hacia la filosofía. De esa época (1913) es su obra tal vez más floja y olvidable, y sin embargo, la más leída: *El hombre mediocre*. Lo hizo dominado por la ira. Se había presentado a concurso para profesor Titular de Medicina Legal (1911) e iba primero en la terna, pero el Poder Ejecutivo eligió al segundo. Ingenieros renunció a la Dirección del Instituto de Criminología, repartió parte de su biblioteca, cerró su consultorio y le explicó –por medio de una carta– a la Presidencia que no volvería mientras estuviera ese gobierno. La renuncia a la cátedra de Psicología también la dirigió a la Casa de Gobierno. El presidente era Sáenz Peña. Cuenta



Gálvez que cuando éste falleció, Ingenieros, que apreció ante el numeroso público que concurrió a las exequias, dijo: *¡Cuánta gente que no ha leído mi libro!*

En 1914 regresó al país, sin pena ni gloria, casado con Eva Rutenberg.

Antes de analizar su prolífica obra, malograda por su prematura muerte, debemos señalar un curioso aspecto de su personalidad. Díaz Araujo lo calificaba como Ingenieros, el fumista.⁹ Evoca su particular dandismo de las primeras épocas: “acudió a la conmemoración socialista del Primero de Mayo del 96 con levita y galera de copa”, usaba chaleco rojo y “anchos pantalones, tan anchos que parecían abombachados”. No obstante, se creía elegante. Francisco Romero explicaba: “Dos almas parecían habitar en Ingenieros, una burlona y aficionada a caprichosos juegos; otra profundamente seria”.

Así llegó *La Syringa*. Dice Agosti:

“*La Syringa*, venerable institución de Estética y de Crítica, fue fundada por Ingenieros y Darío con las fórmulas del ‘satanismo’ a la moda. *La Syringa* sometía a sus miembros a numerosas pruebas de iniciación, que eran motivo de tremendas bromas a costa de algunos aspirantes a genio, que se suponían ungidos con las dotes de los ‘syringos’. Ingenieros, Darío, Becú, Díaz Romero, Pardo, Lugones, Llanos, James Freyre, Pagano, Ojeda y Nirestein eran los miembros más conspicuos de esa asociación que urdió bromas resonantes en la Buenos Aires finisecular”.¹⁰

A esta famosa peña le seguiría una segunda llamada ALSU, sigla de Artes, Letras, Siempre Unidos.

“Este médico literato, este sociólogo socialista –dice Barreda–, se burlaba de todo: de la medicina, del socialismo y de la literatura. Sin embargo, creía en las tres cosas”.¹¹

Según Díaz Araujo es el mismo Ingenieros quien explica su afición por las bromas:

“En su primer libro –y uno de los mejores– *La simulación en la lucha por la vida*, José Ingenieros, ha formulado con cierto pretendido ‘cientifismo’ la teoría del fumista.

“Sostiene que existe una categoría de simuladores ‘temperamentales’ a la que pertenecen los (fumistas). Se trata, dice, de sujetos mentalmente superiores. [...] Su ocupación característica es deleitarse en ‘tomar el pelo’ a los tontivanos. [...] Esa forma de juego, a puro ingenio, suele llevarlos a simulaciones extraordinarias, elevándolos en muchos codos sobre los demás simuladores”.¹²

Las anécdotas sobre las bromas de Ingenieros son innumerables. Ángel Rivera, conocido periodista desaparecido a mediados del siglo pasado, contaba que en ocasión de un viaje a Estados Unidos, en representación de los médicos argentinos se presentó al presidente Teodoro Roosevelt, diciéndole: *Binito Villanoiva*. También nos señaló que decía a sus discípulos: *Escriban libros muchachos. Nadie los lee, pero dan prestigio*.

Chiáppori, hace toda una relación sobre el titeo, término en desuso, que tiene el significado de bur-

larse de alguien.¹³ Describe el fastidio de Alberto Gerchunoff por una broma de Ingenieros, a la que el eminente periodista respondió de esta manera:

“Esto te retrata de cuerpo entero la moralidad siniestra y el carácter bufonesco y estúpido de Ingenieros. La cosa no ha pasado de una broma de mal gusto, pero podría haber tenido peores consecuencias. Si Gerchunoff no hubiera sido ciudadano, tal vez a la policía (que no había pensado en él) se le habría ocurrido la idea de residenciarlo”.

El chiste era que Ingenieros divulgó que habían deportado a Gerchunoff y éste se refiere a la famosa ley de residencia que barrió con los anarquistas extranjeros.

Frecuentemente se señaló la dualidad de la personalidad del médico legista. García dice que:

“La escisión de Ingenieros se manifiesta por cierta situación ambigua entre la ciencia y la literatura. Cierta vez se burla del poeta Emilio Becker y recibe en respuesta un artículo del mismo llamado *El médico imaginario* (en obvia alusión a Molière). Ingenieros teme que la mordacidad ‘poética’ dañe su propia reputación de médico y responde tratando de apaciguar los ánimos. A la inversa, en otra oportunidad apóloga (*sic*) la novela mediocre de un médico, argumentando que los hombres de ciencia pueden hacer literatura.

“Esta dualidad de Ingenieros explica su interés por la simulación”.¹⁴

Este mismo autor reflexiona que Ingenieros “ofrendó su juventud a la sociedad para engendrar en los jóvenes ideales que les permitirían ofrendar sus vidas al porvenir”. Tal vez su dogmatismo era su entrega a ideales políticos que venían de sus ancestros y a la ciencia que defendió a ultranza a pesar de sus coqueteos con las ciencias ocultas en la corta etapa de *La Syringa*.

Su concepción positivista –con la cual trató de conciliar su ideología de izquierda– lo llevó a elaborar una teoría sociológica “basada en los principios de la biología según la cual los fenómenos económicos dependen de los biológicos. En el ‘Prefacio’ de su *Sociología argentina*, sintetizó su concepto sociológico con estas palabras: “Los grupos sociales suelen ser como bajeles que marchan sin brújula, arrastrados por corrientes cuyo secreto reside en causas mesológicas y biológicas que la conciencia social no sospecha”.¹⁵ Estas ideas lo separaban abruptamente de Marx y aun de Juan B Justo. Por ese motivo fue refutado por las mismas fuerzas que apoyaba.

Respecto de la figura de Ingenieros, Kohn Loncarica expresa lo siguiente: “Admirado y combatido, ensalzado y discutido, hipervalorado y menospreciado, este polifacético escritor y hombre de ciencia alcanzó aún en vida un prestigio internacional al que pocos intelectuales argentinos han accedido”.¹⁶

Ingenieros fue muy respetado, y lo es aún hoy, por los médicos argentinos, sobre todo por los que se dedican a los aspectos históricos de la medicina ar-

gentina. Su prédica constante se sostuvo siempre bajo un matiz sociológico. En un acápite que tituló *Ciencia y filosofía* dice:

“Como todas las otras funciones que observamos en los seres vivos, la función de conocer (y el conocimiento, que es su resultado) no está igualmente desarrollada en los seres que la manifiestan. Es elemental en las especies biológicas de estructura más simple y alcanza su mayor complejidad en la especie humana; es colectivamente rudimentaria en los agregados sociales primitivos y muy desenvuelta en las sociedades civilizadas; aparece larvada en el niño y alcanza un desarrollo integral en el adulto. En otros términos: se integra progresivamente en el curso de la evolución filogenética, de la evolución sociogenética y de la evolución ontogenética”.

“El conocimiento de la Realidad, siendo un resultado natural de la Experiencia, responde a condiciones necesarias para la vida misma de los seres vivos que lo adquieren: es útil a la conservación de las especies, de las sociedades y de los individuos. Sirve para su adaptación a las condiciones del medio; cuanto menor es su inexactitud, mayores son sus ventajas en la lucha por la vida. Las formas superiores de nuestra lógica real son resultados naturales de las condiciones de adaptación de la especie humana, son manifestaciones complejas de la función biológica de pensar”.¹⁷ Con estas palabras se manifiesta positivista y darwinista. En ese sentido, quien se encarga de encasillarlo adecuadamente es Caturelli cuando expresa que:

“Es monista porque sostiene la unidad total del mundo real-material; es evolucionista porque ese mundo se transforma y es determinista puesto que su transformación se debe a las causas naturales descubiertas por la ciencia. Precisamente esto justifica simultáneamente una morfogenia y una filogenia de la materia. Por consiguiente, la conciencia o el yo sustancial no existe, salvo como una ‘abstracción’ pues se trata de un resultado de la misma evolución natural: de ahí que exista una continuación entre lo inorgánico y lo orgánico fundada, precisamente, en el concepto de ‘experiencia’ ”.¹⁸

Su hija, Delia Ingenieros de Rothschild, se encargó de reunir sus páginas más logradas en una antología.¹⁹

En su corta vida tuvo una producción literaria extraordinaria: entre 1896 y 1925, es decir, en casi tres décadas, publicó unos 500 trabajos, entre libros y monografías, sin contar los editoriales, comentarios bibliográficos, conferencias y folletos. Había comenzado prestamente con esta labor y ya a los 27 años había dado a luz su libro *Histeria y sugestión*, era profesor Suplente de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, obtenía el premio anual de la Academia de Medicina y había sido designado Miembro Titular de la Société Médico Psychologique de París. En la oportunidad de ser agasajado, cuentan Ponte, Franchella y Buzzi, expresó:



“¿Se llega acaso en la vida? Solo llega el que fracasa, porque llegar es detenerse. La vida es acción, es movimiento incesante. Vive el que nunca llega, el que se propone ideales cada vez más lejanos mientras se aproxima a cada uno de los que persigue. Llegar implica un renunciamento a las posibilidades ulteriores”.²⁰

Estas palabras lo muestran tal como lo describieron sus biógrafos; inquieto, pertinaz, ambicioso.

Murió joven. Afirma Calamaro que:

“Tenía 48 años; dejaba concluido su *Tratado del amor* y no quería envejecer. La juventud había sido el valor de sus valores y la trató como ideología psíquica y ética, pero también política liberal-socialista. La representaba como un juvenilismo del cuerpo, la voluntad y la acción; la identificaba con fuerzas morales y la oponía a la mediocridad que había descrito minuciosamente para reducirla a vejez, en un alarde de elocuencia e imaginación comparable a los de mucha literatura narrativa, que redujo a otra ideología: ficciones y protagonistas, como pruebas de sus asertos psicológicos y como hechos que él podría definir mediante juicios científicos”.²¹

Calamaro va más allá aún y lo hace en un despliegue de imaginación literaria diciendo, en cierto modo justificando algunos de sus especiales juicios históricos, lo siguiente: “Analizaba los textos argentinos a su modo de psicólogo y, sobre todo, del ideólogo político que fue en *La evolución de las ideas argentinas*; ese potrero de la batalla nacional, que galopó con el escuadrón de sus arcángeles: Moreno, fogoso como él; Monteagudo, jacobino como él; Alvear, masón como él; Rivadavia, nacionalista como él, escribió que ambos lo habían sido; Echeverría, rubio como él; Alberdi, menudo como él; Sarmiento, de levita como él, que

paseaba por Florida con un levitón gris, alta galera al tono y chaleco colorado; Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Florentino Ameghino y los maestros de sus maestros: Rousseau, Saint-Simon, Leroux, Lamennais, Bentham, Spencer, Darwin, Emerson”.

Ingenieros falleció el 31 de octubre de 1925 como consecuencia de una sinusitis frontal abscedada que se abrió hacia las meninges, y fue asistido por destacados profesionales: Francisco de Veyga, Carlos Robertson Lavalle, Eliseo V Segura, y Miguel Ángel Marini, según relata –con testimonios del mismo de Veyga y Aníbal Ponce– su hija Delia en un completo e ilustrado artículo.²²

Víctor Mercante, poco después de la muerte de Ingenieros, escribirá en *La Prensa*:

“Tal es en sus obras, a pesar de ciertos arranques revolucionarios que no alteran absolutamente el espíritu general de su pensamiento, alrededor del cual el cariño, siempre tendido como un ala protectora, supo agrupar un número escogido de intelectuales y jóvenes deseosos de una orientación”.

Peset dice que Ingenieros fue un introductor crítico en la Argentina de las ideas del italiano Cesare Lombroso porque “al separarse un tanto del total morfologismo lombrosiano, [...] introduce lo que será su arma fundamental, el estudio psicológico del delincuente, tanto para la interpretación del delito como para la clasificación de sus ejecutores”.²³ En efecto, “piensa que el sistema penitenciario debe ser de inmediato corregido y no sólo mejorado en sus condiciones, también su intención, pues debe ser preventivo, curativo y rehabilitador”.²³ En esas palabras reaparecía el hombre que, equivocadamente, había escrito las palabras que dieron comienzo a esta nota.

Bibliografía

1. Sánchez NI y Pégola F, Sarmiento. *El quijote de la pampa argentina*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 2011.
2. Weininger O, *Sexo y carácter*, Madrid, Losada, 2004.
3. Ingenieros J, *La evolución de las ideas argentinas* (Libro I), Buenos Aires, Ed Problemas, 1946.
4. Cutolo VO, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (Tomo III)*, Buenos Aires, Ed Elche, 1971.
5. Díaz Araujo E, *José Ingenieros*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998.
6. Buzzi A y Pégola F, *Clásicos argentinos de medicina y cirugía* (Tomo I), Buenos Aires, López, 1993.
7. Nicolai JF, Gómez E, Orgaz RA, Senet R, Mercante V, Bermann G y Ponce A, “José Ingenieros. Su vida y su obra”, *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 12 (Nº 1): 1-82, enero de 1926.
8. Clementi H, “Ingenieros en Italia (1905)”, *Todo es Historia*, Nº 173, pp. 54-62, octubre 1981.
9. Díaz Araujo E, “Ingenieros, el fumista”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, Nº 169, pp. 30-40, junio 1981.
10. Agosti HP, *Ingenieros. Ciudadano de la Juventud*, Buenos Aires, Ed Santiago Rueda, 1950.
11. Barreda EM, “José Ingenieros, una entrevista y una carta”, *Nosotros*, Buenos Aires, 19 (Nº 199): 512-513, diciembre de 1925.
12. Díaz Araujo E, *Op. cit*, supra, nota 5.
13. Chiáppori S, “A propósito de literatura y tites”, *La Prensa*, Buenos Aires, 21 de febrero de 1982.
14. García GL, *La entrada del psicoanálisis en la Argentina*, Buenos Aires, Ed Altazor, 1978.
15. Corbière EJ, “Diccionario de argentinismos”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, Nº 142, pp. 74-76, marzo 1979.
16. Kohn Loncarica AG, “Aportes documentales sobre José Ingenieros en el centenario de su nacimiento”, *Rev. Educación Médica*, Buenos Aires, Nº 5, pp. 20-21, octubre 1978.
17. Ingenieros J, *Introducción a los principios de psicología* (6ª edición), Buenos Aires, L J Rosso, 1919.
18. Caturelli A, *La filosofía en la Argentina actual*, Buenos Aires, Ed Sudamericana, 1971.
19. Ingenieros J, *Antología. Su pensamiento en sus mejores páginas*, Selección y prólogo por su hija la Dra Delia Kamia, Buenos Aires, Ed Losada, 1961.
20. Ponte CJ, Franchella JL y Buzzi A, “José Ingenieros”, *Revista Argentina de Medicina Interna*, Buenos Aires, 1: 143-150, 1970.
21. Calamaro ES, “Entre la ciencia, la pasión y el desconcierto”, *Clarín, Cultura y Nación*, Buenos Aires, 31 de octubre de 1985.
22. Kamia D (Delia Ingenieros de Rothschild), “Sobre la muerte de José Ingenieros”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, Nº 226, pp. 80-96, febrero de 1986.
23. Peset JL, José Ingenieros y el nacimiento de la Medicina Legal Argentina Contemporánea: la influencia de Cesare Lombroso”, *Quirón*, La Plata, 13 (Nº 2): 36-39, abril-junio 1982.